

Núm. 4.—Diciembre de 1851.

AÑO 1.º

EL

TOMO 1.º

CORREO DE LA MODA.

PERIODICO DEL BELLO SEXO.

MODAS, LITERATURA, BELLAS ARTES, TEATROS, ETC.

Fundado en 1.º de noviembre de 1851.



REDACCION :

CONCEPCION GERÓNIMA, NUM. 1, LITOGRAFIA DE CASTELLÓ.

Madrid.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

La Junta de damas de Honor y Mérito, la cual tiene á su cuidado la casa Inclusa y colegio de niñas de la Paz de esta corte, deseosa de aumentar los recursos, siempre escasos para tantas obligaciones, ha decidido acudir como siempre á la inagotable caridad de este ilustre vecindario.

Mas siendo su deseo que el modo sea el mas fácil y menos gravoso, ha creido hallarlo rifando públicamente todos los objetos de artes, muebles, ropas, adornos, labores de señoras, telas ó cualquiera otra especie de objetos de mucho ó poco valor, que la caridad de los vecinos y comercio quiera consagrar á tan piadoso objeto.

Para este fin la Junta ha nombrado una comision compuesta de las señoras cuyos nombres van abajo citados, las cuales recibirán todos los donativos que las personas caritativas gusten enviar desde el dia de la fecha hasta el dia 4 de enero inclusive.

La duquesa viuda de Berwick y Alba, palacio de Liria.

La condesa viuda de Toreno, calle de San Bernardino, núm. 11.

La marquesa de Campoverde, calle de Jacometrezo, núm. 45.

La condesa de la Cimera, calle Angosta de Peligros, núm. 2.

La marquesa de Valgornera, plazuela del Conde de Miranda, núm. 5.

La condesa de Torrealta, calle del Desengaño, núm. 5.

La vizcondesa de Armería, Carrera de San Gerónimo, núm. 35.

La condesa viuda de Montijo, plazuela del Angel, núm. 19.

El local y los dias en que se ha de verificar la rifa, se avisará con anticipacion, y se previene á las persouas que contribuyan á esta buena obra que no se publicarán sus nombres; solamente el número de los lotes.

Madrid 7 de diciembre de 1851.

Esperamos que nuestras benéficas suscriptoras se apresurarán á ofrecer sus donativos á las señoras de la Junta, dando con ello una prueba de su generosidad, y contribuyendo al alivio de unos seres inocentes y desgraciados, que es la mayor satisfaccion que pueden experimentar los corazones sensibles.

Los señores suscritores de las provincias cuyas suscripciones concluyen con el presente número, se servirán renovarlas con tiempo si no quieren experimentar retraso en el recibo del siguiente.

EL

CORREO DE LA MODA.

PERIÓDICO DEL BELLO SEXO.

UNA JOVEN CAPRICHOSA.

No, Teresa, no, aun cuando me hayas predicado el mas hermoso y severo sermon de tu repertorio, jamás me arrepentiré de eso que tú llamas una gran falta, ni confesaré que he agraviado á nuestra coquetísima amiga la linda Berenguela de Siaunis; porque un ataque de nervios me ha impedido acompañarla como se lo tenia ofrecido en su aria favorita del Barbero; por lo demas, tú sabes muy bien que no me contenté con prometérselo, sino que tuve antes de ayer la paciencia de hacérsela repetir durante dos horas mortales. ¿Y estaba acaso en mi mano evitar este maldito ataque de nervios que.....

—¿Sabes mi querida Gertrudis, cómo se llama esa enfermedad imprevista, interrumpió Teresa de Berville sonriéndose á pesar suyo? Se llama..... un capricho.

—¡Un capricho!.... yo..... exclamó la graciosa acusada cuyos ojos brillaron de enojo; mal me conoces, Teresa, cuando me echas en cara semejante falta.

—Precisamente por lo bien que te conozco, y sobre todo porque te amo tiernamente, mi querida Gertrudis, me he tomado la libertad de reprenderte un defecto que puede perjudicarte mucho: tú eres la mas amable, la mejor, la mas encantadora criatura del mundo, pero.....

—Oh! nada de peros..... repuso Gertrudis, desarmada por los cumplimientos de su amiga, es una palabra con la cual estoy reñida y que detesto cordialmente; porque es como un hipócrita solapado que busca subterfugios para ofendernos con mas facilidad.

—Pues bien, Gertrudis, dejaré que tu conciencia concluya mi frase, y no

continuaré usando una conjuncion que tanto te desagrada, replicó Teresa levantándose; y si quieres creerme vámonos á dar un paseo por el jardin hasta la hora de comer, que está mas próxima de lo que piensas, añadió, dirigiendo la vista al reloj; en verdad que se nos ha pasado el tiempo distraidas con el trabajo, y la mamá nos reñiria si nos viese asi con las mejillas inflamadas y los ojos encarnados por nuestra aplicacion.

—Y por nuestras disputas, añadió Gertrudis riendo, y siguió á su amiga al jardin como esta se lo habia propuesto.

Mientras que nuestras dos jóvenes se deslizan como dos ligeras sílfides por las verdes calles de árboles del jardin, y olvidan la hora que las llama á la quinta, porque en el campo todo distrae: la flor que brota, la hoja que cae, el pajarito que vuela, la nube que pasa, etc..... vamos á dar á nuestras lectoras un conocimiento mas perfecto de ellas.

Teresa de Berville y Gertrudis de Aurey estaban ligadas desde la mas tierna infancia. Cuando niñas se reunian todas las primaveras en los jardines de las Tullerías mientras llegaba el tiempo de marchar al campo, y alli se entregaban á sus alegres diversiones. Mas adelante se encontraron tambien sentadas en los bancos de la escuela del buen abate Gauttier, donde compartian sus triunfos como en otro tiempo sus placeres, sin celos y sin orgullo. Esta dulce intimidad de las dos jóvenes unió naturalmente en amistad á sus familias, y una lamentable desgra-

cia que vino á herir á la pobre Gertrudis la hizo todavía mas querida á sus nuevas amigas.

La infeliz perdió á su madre cuando apenas llegaba á los quinde años; á este angel que Dios en su misericordia concede á los humanos por guia, por apoyo, por consuelo y por sostenimiento.

Teresa participó tan vivamente del cruel dolor de su jóven compañera, que su madre la señora de Berville, quiso complacerla recogiendo en su casa á la pobre huérfana, mientras las ocupaciones de Mr. de Aurey, general en activo servicio, le tuvieran ausente de París.

Lo que al principio solo fué momentáneo, mas adelante se convirtió en una dulce simpatía, y las dos amigas se acostumbraron de suerte á mirarse como hermanas, que les parecia imposible llegase jamás el dia en que tuviesen que separarse.

A pesar de la viva ternura que las unia, existia entre nuestras encantadoras amigas una marcada diferencia. La rubia Teresa, dulce, buena y sencilla atraia todos los corazones y todas las simpatías.—La traviesa Gertrudis era tambien algunas veces buena, dulce y sencilla como su amiga; pero otras se la encontraba altanera, imperiosa, impertinente; en fin, Gertrudis era caprichosa, mientras la perfecta igualdad del carácter de Teresa era su mayor encanto. Tanto esta como su madre, hicieron todos los esfuerzos imaginables para destruir este fatal defecto que de tal manera perjudicaba á una naturaleza tan amable; pero siempre sus tentativas fueron estériles, y ya vimos arri-

ba que en la víspera del día en que comienza nuestra relación, Gertrudis había incidido en su grosero pecado.

Madama de Berville que habitaba en la quinta de Soupiseaux, preciosa propiedad situada en las cercanías de Compiègne, había reunido en su casa algunos amigos con objeto de improvisar una fiesta, y se resolvió fuese un concierto. Gertrudis habilísima en la música, había ofrecido con la mas encantadora gracia acompañar á todas las señoritas, y entre ellas Berenguela de Siaunís había aceptado con entusiasmo tan afectuoso ofrecimiento. Los ensayos salieron perfectamente, manifestando Gertrudis una paciencia y una bondad estremadas; pero el día de la función, un funesto pensamiento se apoderó de ella, y declaró que le era imposible acompañar á Berenguela porque un ataque de nervios acababa de paralizarle la mano derecha. Nadie se dejó engañar por el pretexto con que Gertrudis quería encubrir su capricho, el cual le grangeó enemigos irreconciliables. Primero la hermosa Berenguela que sin duda contaba con un brillante suceso, y después toda su familia ofendida como ella de lo que consideraba una impertinencia inexcusable.

En vano la señora de Berville interpuso su autoridad para que cesase aquel estado de cosas: la preciosa niña fingió obedecer y se sentó al piano; pero hizo tan gran número de puntos en falso, que tuvo que renunciar necesariamente á lo que pretendía hacer creer imposible, esto es, á acompañar á su amiga.

Este incidente agitó una fiesta que prometía ser alegre y divertida, y la señora de Berville concibió también cierto rencor contra su joven protegida que se propuso devolver al momento á su padre, temerosa de la funesta influencia que semejante defecto podía tener en la felicidad de la pobre Gertrudis, influencia que quería alejar de su buena y perfecta hija.

Teresa era la única que no conservaba en su corazón ningún resentimiento contra su amiga por su conducta imperdonable de la víspera. Háblala reprendido y esperaba que como siempre Gertrudis, sensible al disgusto que su conducta había producido á sus amigas, evitaria todas las ocasiones de ofenderlas en lo sucesivo, y le perdonaba lo pasado, confiando en lo venidero.

Así estaban las cosas en el momento que volvemos á encontrar á nuestras jóvenes amigas.

La señora de Berville abrazó tiernamente á Teresa al entrar las dos jóvenes en el comedor, y como por la mañana recibió á Gertrudis con un frío *buenos días*.

—V. señora, mi querida señora, sigue incomodada conmigo, dijo la pobre niña, cuyos ojos se llenaron de gruesas lágrimas, ¿y no me perdonará V. una falta de que estoy tan profundamente arrepentida?

—No, Gertrudis, no te perdonaré las desgracias que voluntariamente atraes sobre tu cabeza, respondió la señora de Berville con severidad; tú no sabes, joven insensata, hasta donde puede conducirte semejante defecto.....

Pero no te desesperes hija mia, y piensa únicamente en corregirte, añadió la excelente madre de Teresa, cuando vió las lágrimas que inundaban el rostro de la jóven culpable, y oyó los suspiros lastimeros que salian de su corazon.

Esta escena interior ofrecia ser provechosa, y Gertrudis prometió solemnemente hacerse mas igual de carácter. Aun propuso ir ella misma á escusarse con la señorita Siaunis de su indiscrecion de la víspera, lo cual aceptó con placer la señora de Berville.

Berenguela y su madre admitieron sus excusas con tanta benevolencia, que pareció habian olvidado la afrenta que Gertrudis les hizo. Unicamente el hermano de la jóven, oficial de caballería, á la sazón de guarnicion en Compiègne, se mostró frio y severo, y con algunas picantes indirectas dirigidas á la pobre jóven, dió á entender que seria siempre enemigo de aquella que por un capricho habia privado á su hermana de un triunfo seguro. Pero dirigió aquellas indirectas con tanto ingenio y decoro, que Gertrudis presintió intuitivamente que tenia un enemigo sin poder probarlo: así es que en cuanto regresó á su casa participó á Teresa y á su madre la impresion dolorosa que experimentaba, y ambas se burlaron de sus alarmas sin querer tomar parte en sus temores.

Gertrudis se resintió de que pusiesen en duda su penetracion; pero poco á poco la tranquilizó la idea de que podia equivocarse sobre la mala voluntad hácia ella de M. de Siaunis, y cuando volvió á Soupiseaux, ya habia desaparecido de su corazon todo pensamiento desagra-

dable, y muy pronto olvidó del todo aquel despreciable incidente.

Pocos dias despues dió un gran baile el regimiento de caballería que guarnecía á Compiègne. Las esquelas de convite se repartieron no solo por la ciudad, sino tambien por todas las casas de campo de las cercanías, y como es natural las señoras que habitaban la quinta de Soupiseaux fueron convidadas. La señora de Berville consintió en llevar á la funcion á nuestras dos amigas, con tanto mayor motivo, cuanto que el general Aurcy, padre de Gertrudis, acababa de llegar, lo cual les proporcionaba un guia respetable, y un defensor en su caso.

Preparado todo para el baile que prometia ser magnífico, y llegada la noche de dia tan esperado, Teresa y Gertrudis con sencillos vestidos de crespón blanco y adornadas sus cabezas con margaritas naturales, fueron acogidas por la brillante reunion con murmullos lisonjeros y las mas amables sonrisas.

La señora de Berville procuró reunirse con la familia de Siaunis; pero aquellas señoras estaban de tal modo rodeadas por sus amigos, que le fué imposible conseguirlo. Saludáronse por signos, y ambas familias quedaron separadas.

El hermano de Berenguela vino á saludar á la señora de Berville; pidió á Teresa la primera contradanza, y á Gertrudis la sesta.

—Siento, señorita, le dijo sonriendo, no poder ofrecer á V. otra mas inmediata, pues como ignoraba si V. gustaria de bailar conmigo, tengo ya ofrecidas las cinco primeras.

Gertrudis se inclinó saliéndole los colores de despecho, y para disimular admitió el ofrecimiento.

Teresa sin notar la especie de hostilidad que se habia declarado entre su amiga y el jóven capitan hermano de Berenguela, abrió alegremente el baile con él, mientras Gertrudis, oprimido el corazon de dolor como por un fatal presentimiento, se dejaba arrastrar tristemente por otro caballero. Las impresiones sensibles no son por fortuna muy duraderas en la juventud, y nuestra heroína olvidó al momento sus penas para entregarse al placer.

Por fin llegó la sesta contradanza que Gertrudis habia ofrecido al capitan, y cuando este se presentó á reclamarla, la jóven caprichosa que queria castigarle de lo que llamaba su impertinencia, se habia comprometido con otro, y se escusó con lijereza del olvido que habia padecido obligándose á bailar con él, cuando estaba comprometida para toda la noche, y levantándose se cogió del brazo de un jóven que venia buscándola, habiendo ya principiado la música los primeros compases del baile.

Al escuchar estas palabras seguidas de accion tan insultante, el capitan palideció de ira, y cogiendo bruscamente del brazo al caballero que Gertrudis acababa de elegir:

—Os ruego que dejeis á mi compañera, le dijo con breves y enérgicas palabras; soy yo y no vos quien debe tener el honor de bailar con ella.

Gertrudis conoció entonces las funestas consecuencias que podria traer su falta, y tratando de repararla,

—¡Ah! perdone V. capitan, dijo temblando, le aseguro á V. que no ha sido mas que un olvido. Déjeme V. bailar ahora con M. de Montvoisy á quien realmente lo tenia prometido antes, y luego bailaré con V.

El jóven capitan la miró con indignacion, retrocedió algunos pasos con aire desdeñoso, y dijo con energía aunque procurando reprimir su cólera.

—Entonces señorita, debe V. renunciar á bailar mas esta noche; porque nadie, y lo juro por mi honor, osará hacerlo con V. antes que yo.

—Yo tendré esa osadía, dijo el jóven de Montvoisy ofendido por tan arrogantes palabras, y quiso arrastrar al baile á su angustiada compañera; pero el capitan con la velocidad del rayo se echó sobre él, y dándole con su guante en el rostro:

—No será antes de darme cuenta de vuestro atrevimiento, dijo en voz alta, y prometo pagar al momento la deuda que con vos acábo de contraer.

Esta escena estraña interrumpió el baile, y cuantos la presenciaron intentaron apaciguar á los dos rivales; pero la ofensa era demasiado grave y no era posible repararla sino por un duelo. Todos lo conocian y se lamentaban; porque ambos eran jóvenes, ambos apreciables, ambos felices y colmados de los bienes de la fortuna, y por el capricho de una jóven uno de los dos debia morir. Asi es que todos vieron con indiferencia retirar desmayada y medio moribunda á la causa funesta de tan fatal acontecimiento.

Pocos instantes despues, el capitan

y el jóven Montvoisy abandonaron la sala del baile, seguidos de sus numerosos amigos, oficiales y paisanos que desconfiando de poder arreglar el negocio querian todos ser testigos. En medio de aquella ansiedad general, los dos rivales permanecian tranquilos y sombríos. En cuanto salieron á la calle, uno de los amigos de M. Montvoisy, le dijo acercándose á él apresuradamente:

—Marcelo, mi querido Marcelo, la cuestion es bastante despreciable é indigna de dos hombres de talento; te suplico que lo reflexiones. M. de Siau-nis pensará en la desesperacion de su madre y hermana que quedarian sin apoyo y procurará darte satisfaccion. ¿no la admitirás?

M. de Montvoisy meneó la cabeza con altivez, y el capitan exclamó:

—¡Quién, yo dar satisfacciones!... jamás, y al mismo tiempo miró con intrepidez á su adversario.

Luego con la misma arrogancia le preguntó si tenia pistolas en su casa, pues les convenia apresurarse á terminar el lance; mi amigo el capitan Dollarry que tengo el honor de presentaros me servirá de padrino.

Y añadió con la sangre fria de un hombre acostumbrado á esta clase de lances:

Por lo demas si vuestra casa está mas lejos que la mia, y quereis honrarme con vuestra visita, encontrareis cuanto es necesario en estos casos.

—Maldita sea la jóven insensata por cuya causa van á matarse dos apreciables muchachos, exclamó entrando en

casa del capitan con M. de Montvoisy, el jóven vizconde de Solar que acababa de ofrecerse á su amigo por padrino.

Mientras se hacian los preparativos del duelo, uno de los oficiales que les habian seguido se acercó á M. de Montvoisy y le dijo que el capitan á la distancia de treinta pasos partia por medio una peseta.

—Si es asi, contestó sin inmutarse el jóven Montvoisy, no me queda mas recurso que disponer mi testamento y mis funerales, porque soy miope, y el lance no me parece dudoso.

Luego, como si le hubiese ocurrido alguna cosa importante, separándose de los amigos que le rodeaban y acercándose á su adversario:

—Me aseguran, le dijo, que el hombre á quien teneis por blanco, es hombre muerto; no ignorais que soy miope y ademas muy poco diestro.....

—¿Y qué quereis decir con eso, interrumpió con viveza el capitan, no sin dejar escapar una sonrisa de desprecio, acaso tendriais miedo.

—¡Quién, miedo yo! interrumpió el jóven Marcelo de Montvoisy encogiéndose de hombros. Vos no me conoceis, lo que quiero es únicamente haceros una proposicion que me parece justísima; porque no lo seria que nuestras armas fuesen desiguales. Del modo que hasta ahora arreglais las cosas mi papel me parece bastante desgraciado, pues solo se trata de colocarme á vuestro frente, para recibir un balazo que no tengo ninguna probabilidad de devolveros. Me parece por consiguiente, que puesto que vos habeis sido la causa

de la disputa, puesto que vuestra imprudencia ha provocado el combate, debéis por lo menos correr tanto peligro como yo; propongo, pues, que nos batamos frente á frente, pecho contra pecho; en fin, que nos tiremos á boca de jarro; de esta suerte iremos juntos á la mansion de los muertos: ¿admitís mi proposicion?

Un silencio de horror acogió esta terrible propuesta y hasta el capitan retrocedió espantado.

—¿Quién es ahora, le preguntó Marcelo con una sonrisa irónica, el que tiene miedo?

—Yo no, seguramente, respondió el jóven capitan que habia recobrado su serenidad; porque admito vuestra proposicion.

Los padrinos y cuantos se hallaban presentes, procuraron en vano oponerse á tan terrible desafío; pero ambos antagonistas se obstinaron en su resolucion. Entonces los padrinos lo dispusieron todo en silencio, encendieron gran número de bujías y manifestaron á los dos adversarios que todo estaba corriente. Aun cuando ambos estaban seguros de su inevitable y próxima muerte, dieron la mano y se despidieron de sus amigos con admirable serenidad y sangre fria. Su aire sombrío y resuelto; su fisonomía indiferente, tranquila é impasible como la muerte que despreciaban, les daba un aspecto espantoso y sublime.

Dióse la señal.....

Oyóse una sola detonacion, el choque hizo retroceder algunos pasos á

uno y otro adversario, y sus amigos se precipitaron hácia ellos.

—¿Qué significa esto? exclamaron á un tiempo Marcelo y el capitan; las pistolas estaban cargadas con pólvora sola.

Y ambos temblando de furor pidieron á grandes voces otras pistolas.

En vano sus amigos intentaron persuadirles que su honor quedaba bien puesto con la brillante prueba de valor que acababan de dar; nada quisieron oir, antes por el contrario parecia que su furor se redoblaba.

—Hé aquí dos espadas, dijo el jóven Marcelo saltando como un leon herido y alcanzándolas de un trofeo de armas que adornaba la pared.

—En guardia, capitan, ahora no nos engañarán.

La sed de venganza y de sangre brillaba en sus miradas, y sin duda este segundo combate hubiera sido tan terrible como el primero que dichosamente habia terminado, cuando de repente se abrió la puerta, y una jóven con los ojos desencajados, el rostro pálido y frio como el de un cadáver, con todas las señales de una desesperacion llevada hasta la locura, apareció en la sala, y arrojándose de rodillas entre los dos combatientes:

—Perdon!... perdon!... piedad!..... piedad!... exclamó, dejando escapar de su pecho los mas dolorosos suspiros. ¡Oh! conservad vuestras vidas si quereis salvar la mia, os lo suplico como se implora á Dios..... ¿Acaso podria yo sobrevivir á ninguno de los dos? ¿Los remordimientos de mi imprudencia no me asesinarían sin compasion?... Por-

que yo sola seria el verdugo..... yo sola el arma fatal que ocasionaria vuestra muerte, y el luto y las lágrimas de vuestras familias..... ¡Oh!... piedad!... piedad!... perdon!... piedad!...

Hablando de esta suerte la desgraciada Gertrudis que habia conseguido sustraerse y escapar á la vigilancia de su padre y de los amigos que la rodeaban, se arrastraba alternativamente á los pies de los dos adversarios, queriendo arrancarles las espadas que todavia tenian en la mano con las suyas contraídas y trémulas.

Admirados y sorprendidos con aparicion tan inesperada testigos y rivales, olvidaron el combate y no pensaron mas que en socorrer á la desgraciada jóven que ya solo les inspiraba compasion.

Levantáronla, y procuraban calmar la horrible exaltacion que se habia apoderado de ella, y el espantoso delirio que habia sucedido á la desesperacion, cuando la señora de Berville y el general que habian seguido los pasos de la fugitiva se presentaron en la habitacion del capitan.

Harto vengados estais, señores, dijo el desgraciado padre señalando á su hija, ¿y no os dareis la mano en su presencia, siquiera para volver á sentimientos mas dulces esa imaginacion tan cruelmente estraviada?

Enternecidos con esta súplica los dos jóvenes, olvidaron sus agravios, y alargándose la mano juraron ser amigos en adelante.

Al verlo Gertrudis se incorporó con viveza, juntó sus blancas y trémulas manos como para orar, y volvió

á caer completamente desmayada.

Aprovechase aquel momento para trasladarla á la habitacion que el general conservaba todavia en la ciudad, y apenas llegó se declaró una violenta fiebre. La ciencia de los médicos y los desvelos cariñosos de su padre y de sus amigos lucharon contra el mal con tanta constancia, que hubo un momento en que se confió poderlo vencer, pues Gertrudis se levantó de su lecho de dolor; pero la herida de la pobre niña era demasiado profunda para que la inexorable muerte pudiese ser dominada. Siguió pálida, débil y doliente, desapareciendo su juventud, su salud y su felicidad. Asi vivió algunos años, hasta que un dia se extinguió plácidamente en los brazos de su padre.

—¡Ah! decia á menudo á la señora de Berville, que cumpliendo como siempre los santos deberes de una madre, permanecia dia y noche á la cabecera de la interesante enferma, ¡cuánta razon tenia V. cuando me repetia sin cesar que los defectos traen siempre consigo nuestras desgracias! Yo era hermosa y rica, Dios me habia concedido todos los elementos de la felicidad, y solo mi indiscrecion y ligereza me han conducido al estado en que me encuentro. Poco tiempo me queda de vida..... lo se..... lo siento..... y la única causa de mi muerte es haber sido *una jóven caprichosa*.

LA C. DE B.

HIGIENE.

PRECEPTOS IMPORTANTES

PARA PRESERVARSE DE LAS ENFERMEDADES
Y CONSERVAR LA SALUD.

(Continuacion).

Pocos remedios hay tan saludables para los enfermos como el aire fresco: es el *cordial* mas poderoso si se administra con prudencia. El *aire* fresco es de absoluta necesidad en las habitaciones y salas en que hay muchos enfermos reunidos, en las enfermerías, en los hospitales, en los cuarteles, etc.; edificios todos en que son utilísimos los *ventiladores*, los cuales no solo sirven á los enfermos, sino tambien á los médicos, á los cirujanos y á todas las personas empleadas en servicio de los enfermos. Los hospitales, y todo edificio destinado á enfermería, deben estar en situacion favorable á la ventilacion, y por consiguiente á cierta distancia de las grandes ciudades.

DEL EJERCICIO.

Es una ley que parece universal entre los hombres, que sin *ejercicio* no puede gozarse de salud. Con la inaccion se relajan los *sólidos*, y de ello provienen innumerables enfermedades. Las *obstrucciones*, tan frecuentes en nuestros dias, no reconocen otra causa mas que la falta de *ejercicio*. Luego el *ejercicio* evitará esta enfermedad, y tambien la debilidad de los *nervios*, y todas las enfermedades *nerviosas*, facilitando la *transpiracion*, cuya supresion causa una infinidad de males.

Las personas débiles, valetudinarias, todas aquellas cuyas ocupaciones no exigen un *ejercicio* suficiente como los artesanos, comerciantes, empleados, etc., deben hacer el posible *ejercicio*, y con tanta regularidad como las comidas.

Es preciso desterrar la perniciosa costumbre de permanecer mucho tiempo en la cama por la mañana. El *aire* de la mañana fortifica los *nervios*, y suple hasta cierto punto la indicacion del *baño frio*. Se hará muy bien en levantarse al amanecer, y ya sea que paseemos, montemos á caballo, ó hagamos cualquier otro *ejercicio* al aire libre, notaremos que nuestro espíritu está mas alegre, mas sereno durante el dia, tendremos mas apetito y todo nuestro cuerpo mas fuerza. Muy pronto nos acostumbraremos á levantarnos temprano, y nos parecerá una cosa deliciosa. Y entiéndase que nada contribuye tanto á la conservacion de la salud, y á prolongar la vida hasta una vejez muy avanzada.

El *ejercicio* es el único remedio para las personas sedentarias que se quejan de dolor de *estómago*, de *flatos*, de *obstrucciones*, de malas *digestiones*, etc. No conviene reducirse á un solo género de *ejercicio*, sino acostumbrarse á todos alternativamente, y usar con frecuencia aquel que sea mas apropiado á las fuerzas y *constitucion* de cada uno.

Debe preferirse siempre aquella especie de *ejercicio* que mas órganos ponga en movimiento: tales son pasear, correr, montar á caballo, nadar, cultivar la tierra, cazar, jugar á la pelota, etc.

No nos cansaremos de repetirlo; cuantos puedan deben montar á caballo dos ó tres horas al dia. Los demas emplearán el mismo tiempo en pasear y en otros *ejercicios*, con tal que no sean continuos ni demasiado prolongados. El cansancio les quita toda su utilidad, y lejos de fortificar el cuerpo le debilita.

La indolencia no solo ocasiona enfermedades, sino que ademas hace á los hombres inútiles para la sociedad, y es el origen de toda clase de vicios. Decirle á un hombre que es holgazan, es mas que llamarle vicioso. Cuando el espíritu no está ocupado en algun objeto útil, es preciso que ande detrás de algun placer, ó que medite alguna accion mala. El hombre no ha nacido ciertamente para la indolencia; vicio que trastorna todos los designios para que fué criado. La vida activa es el amparo mas poderoso de la virtud, y la conservadora mas excelente de la salud.

DEL SUEÑO.

Los niños deben dormir cuanto quieran; pero conforme vayan entrando en edad se regularizará su sueño, de modo que á los diez ó doce años no duerman mas que los adultos, esto es, de siete á ocho horas.

Es necesario contraer el hábito de madrugar; porque nada es mas contrario á una buena salud que la costumbre universal, sobre todo en las grandes ciudades, de levantarse á las nueve ó las diez.

La noche es el tiempo de dormir; mas para que el sueño sea saludable, es ne-

cesario durante el dia hacer suficiente *ejercicio*, cenar poco y acostarse con el alma tan alegre y tranquila como sea posible.

Si la costumbre de tomar la siesta está muy arraigada, debe respetarse: por lo demas se encuentran muy bien durmiéndola las personas de *nervios delicados*, como los niños, las mugeres, etc.

DE LOS VESTIDOS.

Los vestidos deben ser relativos al clima en que vivimos, á la estacion, al temperamento, etc. La juventud, cuya *sangre* es muy ardiente y la *transpiracion* fácil en nuestros climas, solo necesita vestidos lijeros; mas la edad avanzada, por la razon contraria, los necesita que fomenten el calor y la *transpiracion*. A esta edad convienen las camisolitas de franela, las cuales debilitan á los jóvenes, los hacen delicados y les impiden sacar utilidad de ellas, cuando los *reumatismos* y otras enfermedades semejantes exigen su uso.

Seria de desear que en ninguna estacion se cambiase de ropa. El paño, tan á propósito para nuestra temperatura, deberia ser el único género que usásemos; pues no hay un solo dia de verano que no pueda soportarse. Si no nos sirviésemos de otra clase de tela, evitaríamos las enfermedades á que nos esponemos cuando nos vestimos de verano demasiado pronto, y de invierno demasiado tarde. Los viejos en particular no deben variar de traje en estacion ninguna.

Toda la perfeccion del vestido con-

siste en que sea cómodo y decente: por consecuencia la moda y la forma no deben entrar para nada en la hechura; no consultando por el contrario sino el clima, la salud y la comodidad. Es necesario que el pecho, el bajo vientre, los brazos y los pies estén absolutamente libres. Las ligas, las hebillas y corbatas se oponen á la circulacion de la *sangre*, al crecimiento de los miembros y causan infinitas enfermedades.

INTEMPERANCIA.

La gran regla de la templanza consiste en sujetarse á la sencillez. La naturaleza no pide mas que alimentos simples y sin preparaciones. La intemperancia produce los mayores desórdenes en la *economía animal*, perjudica á la *digestion*, relaja los *nervios*, hace irregulares las *secreciones*, vicia los humores y ocasiona innumerables dolencias.

La intemperancia es igualmente peligrosa en la satisfaccion de los otros deseos. ¿Con qué prontitud no destruyen la mejor *constitucion* los placeres del amor y el abuso de los licores? ¿Qué desórdenes y disgustos no causan á las familias? ¿Cuántas mujeres y niños no perecen de necesidad mientras sus crueles padres se entregan sin reserva á sus insaciables apetitos?

La embriaguez no solo es por sí misma el vicio mas abominable, sino el origen de la mayor parte de los otros.

DE LA LIMPIEZA.

La *sarna* y la mayor parte de otras

enfermedades de la piel provienen principalmente de la falta de curiosidad, á la cual se deben las diversas especies de insectos que infeccionan á los hombres, las casas, etc., y para los cuales el único *remedio* es la *curiosidad*. Las calenturas pútridas y malignas principian ordinariamente por los que habitan en casas poco limpias y mal ventiladas, llevan vestidos sucios, etc. La *curiosidad* es, pues, de la mayor importancia, y por consecuencia se cambiará con frecuencia de ropa blanca para favorecer la *transpiracion insensible*, tan necesaria á la salud, tambien de ropa exterior, y se tendrán las habitaciones muy limpias.

La *limpieza* es indispensable en los campos, en los cuarteles, en las enfermerías, en los hospitales y en los buques, como el único *remedio* contra no pocas enfermedades. Es de la mayor importancia cambiar la ropa con frecuencia á los enfermos, y no hay caso ninguno en que no pueda mudarse cuando esté sucia.

Una persona sana se mudará las ropas interiores tres veces á la semana, si sus facultades lo permiten; se bañará con frecuencia, y se lavará todos los dias las manos, la cara, y sobre todo los pies.

El aseo tiene á nuestros ojos mas atractivos que el engalanamiento, y es un adorno que sirve para todos los estados, sin que persona alguna esté dispensada de usarlo: en todas partes debe practicarse con el mayor cuidado; pero en las ciudades populosas casi debe rendírsele culto.

DEL CONTAGIO.

La mayor parte de las enfermedades son *contagiosas*, por lo cual debemos mientras podamos evitar toda comunicacion con los enfermos, que no necesitan mas que á las personas que por estado ó caridad están destinadas á cuidarlos. Es querer espener su vida y las de sus amigos visitar á los enfermos per pura curiosidad ó por un cariño mal entendido.

Los médicos y las personas benéficas deben separar del enfermo á toda persona inútil, como único medio de contener los progresos del *contagio*. El mismo enfermo sacará utilidad, porque su imaginacion, propensa á estraviarse, no se verá espuesta á las conversaciones sordas ni en voz baja, ni á los gestos compungidos de gentes ociosas, que nunca faltan para trastornar su espíritu y con ello agravar sus dolencias.

Seria conveniente desterrar la costumbre ordinaria de convidar un gran número de gente á los funerales, reuniéndola durante algun tiempo en el aposento mortuario; porque tambien es un medio de propagar el *contagio*, que no siempre muere con el enfermo. A los que mueren de *calenturas malignas*, *pútridas*, etc., se les enterrará al momento, evitando que nadie se aproxime á ellos.

Es perjudicial usar la ropa que han llevado los enfermos, á menos que no haya sido lavada y fumigada con plantas aromáticas, vinagre, azufre, ó espuestas al *aire* durante mucho tiempo.

(Se continuará).

REVISTA DE TEATROS.

El considerable número de teatros que brindan hoy sus atractivos al público de Madrid, obliga á las empresas á emplear todos los medios posibles para atraerse el mayor número de espectadores; pero estos medios solo sirven para ponernos en completa evidencia el estado deplorable en que se encuentra nuestra actual literatura dramática, y para convertir en indiferencia la aficion con que siempre han sido recibidos estos espectáculos.

Mas de veinte composiciones originales y otras tantas traducidas se han estrenado durante el poco tiempo que lleva trascurrido la presente cómica, y esceptuando entre las primeras *Para vencer querer*, de D. José María Diaz, representada en el teatro del Príncipe, y *Adriana*, entre las segundas, últimamente ejecutada en el del Drama, todas las demas han cruzado rápidamente la escena para ir á sepultarse en los archivos mas ignorados, sin que un grato recuerdo nos hayan legado de su existencia. No recordamos otra, á mas de las referidas, cuyo título merezca ser conservado, ni siquiera al lado de las medianías mas reconocidas del arte.

Nuestros actuales escritores dramáticos, desentendiéndose completamente de la verdadera importancia del teatro, y no reconociendo en él mas formas que las que le concede su estraviada imaginacion, no se proponen otro objeto en sus producciones que el de arrancar aplausos del público, cuyo criterio en esta clase de obras no siempre suele hallarse contenido en los límites de la razon.

El hombre, generalmente guiado por

un instinto natural, busca en todo espectáculo el placer de sus sentidos. El conjunto de un panorama que sorprende agradablemente su vista, un sonido que hiera dulcemente sus oídos, cualquier incidente, en fin, que despierte bellas sensaciones en su corazón, son otros tantos objetos que llegan á conducirle á tal estado de embriaguez sensual, que impide obrar á las facultades de su entendimiento. Hé aquí por qué el público de un teatro, compuesto generalmente de hombres que solo ven en esta institucion las cualidades de un espectáculo, recibe con entusiasmo las peripecias mas sorprendentes de un drama, y alhagado por las fuertes afecciones que causan á su corazón, somete su inteligencia al fallo de los sentidos. De tal manera se ha abusado del criterio de estos, que mas de una vez, la elegancia de un vestido ó la belleza de una decoracion han decidido del éxito de una composicion.

De esta manera se explica cómo pueden ocupar todavia un lugar nada comun en nuestro repertorio moderno algunas monstruosas creaciones mal llamadas de la escuela romántica, que á falta de pensamientos morales, de ideas filosóficas y de imágenes naturales, se complacen, por medio de una serie no interrumpida de fabulosos é inesplicables incidentes, en esplotar los mas bellos sentimientos del alma, sin que en ello demuestren ninguna tendencia humanitaria, ni produzcan beneficio de ningún género.

Solo asi se comprende por qué el público aplaude con furor esas mil y una extravagancias andaluzas, que hace algun tiempo vienen maleando la pureza de nuestro lenguaje y el decoro de

nuestra escena, introduciendo en ella los mas detestables conjuntos del vicio y la corrupcion.

Ved, en fin, por qué el teatro, cuyas facultades sirven tambien de elementos á la filosofia, para ejercer su beneficioso influjo sobre los intereses morales de la sociedad, se entretiene en descolgar de sus arneses las armas con que ha sostenido su poder el mas pernicioso escepticismo, ínterin aquella se declara abiertamente contra tan detestables influencias.

Sin embargo de todo, el público ha recibido hasta con desagrado todas las composiciones nuevas que se han representado en la actual temporada, pudiendo de esto sacarse en consecuencia los recursos con que cuentan nuestros escritores del dia para continuar en tan bella cuanto espinosa carrera; recursos mezquinos y que les hacen aparecer como pigmeos, aun en medio de los vicios de que se halla rodeada nuestra escena.

La lamentable indiferencia con que hoy es mirada la escena por los mismos que ayer, estendiendo sus poderes, recibian en ella los mas gloriosos laureles y consignaban un nombre para el porvenir, ha sido una de las causas principales para que muchos jóvenes, animados por una ciega ambicion, hayan emprendido, con el objeto de satisfacerla, la carrera del teatro, no disponiendo para ello de mas elementos que algunas falsas imágenes en su fantasia, y un conocimiento mas ó menos profundo de las reglas materiales del arte. Con estudiadas y al parecer alhagüenas formas han creído, á falta de otros medios, embellecer cualquier argumento, sin contar con que la crítica,

al separar esos vanos disfraces, para verificar á la luz de la ciencia la utopía del cuerpo, ha de desvanecer una á una sus risueñas ilusiones.

Si á todos estos incidentes añadimos lo decantado que esa crítica se halla por la práctica, los pobres recursos con que el teatro cuenta actualmente de la prensa, y el abandono que experimenta el mismo por parte del gobierno, no nos extrañará por qué este bello ramo de la literatura, que tanto contribuye á la gloria de un Estado en su estado de perfección, se arrastre hoy por entre una medianía despreciable.

Hechas estas breves indicaciones, pasaremos en nuestros sucesivos artículos á enterar á nuestras amables suscriptoras de las principales producciones que se pongan en escena, y de cuantas novedades dignas de referirse ocurran en el mundo teatral.

ESPLICACION DE LOS DIBUJOS.

Figura 1.^a

Tragaluz ó pantalla para quinqué ejecutada á ganchillo (crochette). Es de torzalillo y abalorios dorados de los números 6 y 14. El ganchillo del número 5 del aqueómetro, dá únicamente la cuarta parte de la pantalla por creerlo suficiente para su inteligencia.

Figura 2.^a

Petaca para cigarros. Puede ejecutarse al ganchillo con torzalillo verde, encarnado, é hilo de oro. También puede bordarse con seda en cañamazo. Tomando únicamente la flor del centro sale un hermoso bolsillito.

Figura 3.^a

Guarnición para las junturas de puertas y ventanas, y abrazadera para las cortinas. Este nuevo trabajo es de mucha utilidad en la estación presente. Los antiguos rodeletes con que se cubrían las junturas de las puertas y ventanas eran muy feos y se procuraba disimularlos todo lo posible. El que representa nuestro diseño no solo es muy hermoso, sino también de mas utilidad que los antiguos. Si las abrazaderas para las cortinas quieren hacerse blancas, se trabajarán con algodón, y tienen la ventaja de poderse lavar y blanquear perfectamente, secándolas sobre un palito que se pasa por su interior.

Figura 4.^a

Ganchillo ó *crochette* para ejecutar estos dibujos.

AVISO INTERESANTE.

Con el número inmediato recibirán nuestras apreciables suscriptoras un gran pliego con 18 ó 20 dibujos para bordar.

GEROGLIFICO.



La solución en el próximo número.



G. Gervais

J. David

312

LE MONITEUR DE LA MODE.

Rue Richelieu 92, à Paris.

Modes de la M^{me} Plé Thorain, 2 rue basse du Rempart, Coilex, de M^{me} Popelin Ducasse, Fleurs de M^{me} Lafon
Mouchoirs, de Chapron, 7, A. de la Pair, Parfumeries, de Gellé frères, 35, rue des Vieux Augustins à Paris

MAISONS DE PREMIER ORDRE A PARIS.

PERFUMERIE, Société Hygienne, Entrepôt Général rue St. Rousseau, N° 5.

CHOCOLATS, Compagnie Coloniale, Entrepôt Général Place des Victoires N° 2.

NEW YORK, E. B. Strange et Brother F. BELLIZARD et C^{ie} à St. Petersburg (Corino M. L. DECARLI piazza Vittorio Emanuele 11.) LONDON at the Monitor Office F. DUMUS 15 Greek Street Soho.

AUX VILLES DE FRANCE, Nouveautés, rue Vivienne 51 et Richelieu, 104.

DÉTOUCHE, Horlogerie et Bijouterie, rue St. Martin 158 et 160.

